

za. Ya no puedo hallar un agua bastante pura donde bañarme, miro la tierra tan malvada como ayer. Jesús ha muerto y la hierba no ha florecido; su muerte ha sido tan sólo un asesinato más.

V.

La corneta continuaba siempre tocando llamada.

—Hermanos—dijo Gneuss—nuestro oficio es bien desagradable, nuestro sueño se ve turbado por los fantasmas de los que matamos sin piedad. Yo, como vosotros, he sentido durante largas horas al demonio de la pesadilla oprimir mi pecho. Hace ya treinta años que mato por oficio; tengo necesidad de un sueño tranquilo. Escuchad, hijos míos; conozco un valle sin labrar por falta de braceros; queréis que probemos el pan del trabajo?

—Queremos.

Entonces los soldados cavaron una honda fosa al pie de la roca, donde enterraron sus relucientes armas, bañaron sus cuerpos en el río, y después los cuatro, cogidos del brazo, desaparecieron tras un recodo del sendero.

LOS LADRONES Y EL ASNO

LOS LADRONES Y EL ASNO

I.

Conozco un buen muchacho, Ninon, que te sería muy antipático, pues León, que así se llama, es adorador de Balzac y no puede sufrir á Jorge Sand. El libro de Michelet por poco le hace caer enfermo. Dice á todas horas que la mujer ha nacido esclava, y no pronuncia jamás la palabra *amor* y *pudor* sin sonreirse incrédulamente. ¡Cómo os maltrata! He llegado á sospechar que se pasa toda la noche meditando en todo lo que os va á mortificar al día siguiente. No creas que es un hombre hastiado de la vida: sólo cuenta veinte años.

La fealdad le parece un crimen, hasta el punto de que unos ojos pequeños ó una boca demasiado grande le ponen fuera de sí. Pretende que como no hay flores feas en los prados, todas las niñas deben nacer igualmente bellas, y cuando la casualidad coloca á su paso algún rostro repulsivo, maldice durante cinco ó seis días á todo aquel ser de cabellos escasos, pie grande, y grosera mano.

Cuando, por el contrario, la mujer es linda, sonríe maliciosamente y deja ver en su obstinado silencio un cúmulo de malos pensamientos.

Ninguna de vosotras halla en él piedad: rubias y morenas, jóvenes y viejas, gruesas ó deformes, á todas las envuelve en el mismo anatema. Y mira tú qué cosa tan extraña: en su sonrisa se ve impresa la ternura, su voz es dulce y acariciadora.

Leon vive en pleno barrio Latino.

Aquí, Ninon, me encuentro muy perplejo y aún me dan tentaciones de callarme, maldiciendo la hora en que tuve el extraño capricho de comenzar este relato. Tus oídos curiosos nunca se han abierto al escándalo y no sé cómo introducirte en un mundo donde no has posado nunca la planta de tus diminutos pies.

Ese mundo, alma mía, sería el paraíso si no fuera el infierno.

Abramos el libro del poeta, veamos el canto de los veinte años. Mira esa ventana colocada al Mediodía, esa guardilla llena de flores y luz, tan alta que muchas veces hasta se oye hablar á los ángeles. Como hacen los pájaros que escogen la rama más elevada para esconder sus nidos de las miradas de los hombres, los enamorados construyeron el suyo en el último piso. Así reciben la primera caricia de la mañana, el último adiós del sol.

¿De qué viven? ¿Quién lo sabe! Tal vez de besos

y sonrisas. Tanto se aman, que no se cuidan del alimento que les falta; tienen poco pan y ese se lo echan á los gorriones. Al abrir su despensa vacía se rien de su pobreza.

Datan sus amores de la época de las primeras violetas, de un día que se encontraron en el campo y se vieron por vez primera, aunque ya de antiguo se conocían. Tomaron el mismo sendero para entrar en la ciudad. Él radiante de alegría; ella, como una linda prometida, llevando un ramito sobre su seno, subió los siete pisos de la vivienda del mancebo, y tan fatigada llegó, que no pudo volver á bajar.

¿Tendría fuerzas para ello al día siguiente? Lo ignoraba; pero entre tanto descansó recorriendo la guardilla, regando las flores, cuidando un mobiliario que no existía. Sentóse después á coser mientras el joven trabajaba, con las sillas tan próximas, que poco á poco y para mayor comodidad acabaron por sentarse ambos en una misma. Llegó la noche y aumentó su pereza.

¡Ah! ¡cómo miente el poeta, Ninón, y qué seductora es su mentira! ¡Que no llegue nunca el hombre el adolescente! ¡Que siga engañándonos cuando no pueda engañarse! Vino del paraíso, para relatarnos cuentos de amor, y encontró all arriba á Museta y Mimi, dos santas á quienes se esforzó por traer hasta nosotros. Pero en cuanto rozaron la tierra con sus alas, tornaron á su patria envueltas en el mismo rayo que las traía.

Hoy los corazones de veinte años las buscan y lloran por no poder hallarlas.

¿Será preciso que te mienta también, vida mía, pidiéndolas al cielo, ó te confiese que las he encontrado en el infierno? Si aquí al lado del hogar, en esa butaca donde te meces, me escuchara un amigo, ¡con qué valor levantaría el velo de oro con que el poeta ha cubierto sus indignos hombros! Pero tú me cerrarás la boca con tu manita, te enfadarás, llamando mentira á la verdad desnuda. ¿Cómo podrás creer en los enamorados de nuestra edad que beben en las fuentes cuando la sed les devora en la calle? ¿Cuál no sería tu cólera si me atreviera á decirte que tus hermanas las jóvenes amantes arrojan de su cuerpo los encajes que las cubren y sueltan sus despeinados cabellos! Tú vives sonriente y serena en el nido que he construido para ti, é ignoras cómo camina el mundo; carezco de valor para confesarte que las flores encierran veneno y que los corazones que hoy latén mañana morirán.

No tapes con tus manitas tus oídos, amada mía: no tendrás de qué sonrojarte.

II.

Leon vive en pleno barrio Latino, y su amistad es buscada con afán por todas partes, gracias á

la franqueza impresa en su rostro, que le proporciona un amigo en cada transeunte.

Las mujeres, no atreviéndose á perdonarle el odio que les manifiesta, rabian de ira por no poder confesar que le adoran al par que le detestan.

Antes de los hechos que voy á referirte, nunca le conocí una amante; alardeaba de aburrido y hablaba de los placeres mundanos como lo hubiera hecho un trapista á haber podido romper su largo mutismo. Gustábale comer bien, le horrorizaba el vino malo, usaba finisimas camisas de Holanda y vestía con exquisita elegancia.

Deteniase á contemplar las vírgenes de la escuela italiana con singular arrobamiento, y las buenas esculturas causábanle largos éxtasis. Por lo demás, León llevaba la vida de un estudiante, trabajando lo menos posible, paseándose al sol, no desperdiciando ningún diván que hallase al paso para tumbarse y declamar sus más punzantes injurias contra las mujeres, hasta cerrar los ojos para saborear el placer inaudito de alguna visión imaginaria después de tanto maldecir lo real.

Una mañana de Mayo le encontré con todo el aspecto de un hombre aburrido, sin saber qué hacer, corriendo en busca de aventuras. Las calles estaban enfangadas y lo imprevisto no se presentaba ante el paseante más que bajo la forma de alguna manga de riego. Tuve lástima de él y le propuse un paseo por el campo para ver brotar las primeras florecillas.

Durante una hora me vi precisado á sufrir largos discursos de filosofía para probarme lo efímero de nuestras alegrías, mientras dejábamos atrás las casas y se veían en los dinteles de las puertas algunos sucios chiquillos, revueltos en el suelo con grandes perros. Ya en plena campiña, León se detuvo bruscamente delante de un grupo de niños que jugaban al sol y acarició al más pequeño, confesándome que le encantaban los cabellos rubios.

Ya sabes que siempre me han gustado esos estrechos senderos ocultos entre hileras de arbustos, por donde las carretas no pueden pasar sin destrozar su terreno, en donde los rayos del sol penetran dulcificados á través de las ramas, cuyo suelo cubierto de fino césped es tan cómodo como el terciopelo de mullida alfombra. Por ellos se anda entre el misterio y el silencio, y cuando dos enamorados se pierden en sus revueltas, los espinos de los lados obligan á la amante á oprimirse contra el pecho de su adorado. Nos internamos en uno de esos senderos ocultos en que los besos sólo son escuchados por las currucas, y allí, la primera sonrisa primaveral dió fin á la misantropía de mi filósofo compañero, haciéndole sentir tiernas emociones á la vista de cada gota de rocío.

El estrecho camino parecía interminable; las hayas se elevaban cada vez más frondosas, y aquella especie de aprisionamiento é ignorancia

del sitio donde nos hallábamos aumentó nuestra alegría.

Poco á poco la senda se estrechó, obligándonos á marchar uno detrás de otro, y los espinos formaban caprichosas revueltas que trasformaban el camino en laberinto.

Entonces, en lo más espeso del sendero escuchamos un ruido de voces, y al cabo de unos instantes tres personajes surgieron de la sombra. Dos hombres jóvenes marchaban delante apartando las ramas con sus manos; una mujer les seguía.

Me detuve y saludé; el joven que venía delante me imitó, y ambos nos miramos frente á frente: la situación era delicada, puesto que los espinos y zarzas nos rodeaban más espesos que nunca, y ninguno de nosotros parecía estar dispuesto á retroceder. Entonces León, que estaba detrás de mí empujándose sobre las puntas de los piés, divisó á la joven, y, sin pronunciar palabra se introdujo audazmente por entre las punzantes ramas, que desgarraron sus vestidos é hicieron brotar algunas gotas de sangre de su mano. Al ver yo su arrojó, le imité.

Los hombres pasaron dándonos las gracias, y la joven, para recompensar á León su sacrificio, se detuvo indecisa y le contempló un segundo, fijando en él sus hermosos ojos; fué la primera vez que no vi impresa en los labios de mi amigo su maliciosa sonrisa.

No bien hubo desaparecido, sali de entre las zarzas, dando la galanteria á todos los diablos, pues una espina me habia herido el cuello, y mi sombrero, enredado entre las ramas me hizo trabajar mucho para sacarle de allí. León puso en orden su desarreglado traje, y como vió mi salud á la bella desconocida, me preguntó si la conocia.

—Ya lo creo—le respondi—se llama Antonieta y ha sido mi vecina durante tres meses.

Volvimos á reanudar nuestro paseo; él callado, yo hablando de la joven.

Era una muchachita muy fresca, muy mona, de mirada medio burlona, medio cariñosa, de gestos decididos, de bello é incitante aspecto; en una palabra, una linda muchacha que se distinguia de sus compañeras por una franqueza y una lealtad raras en el mundo en que vivia. Se juzgaba á si misma sin vanidad y sin modestia, diciendo simplemente que habia nacido para amar, para burlarse de una multitud de fórmulas sociales y vivir á su antojo.

Durante tres largos meses de invierno la vi, pobre y aislada, vivir de su trabajo, sin hacer alarde de ello, sin pronunciar la palabra *virtud*, sólo y exclusivamente porque aquel habia sido su capricho del momento. Mientras manejó la aguja no la conocí ningún amante; era un buen camarada para los amigos que la visitaban; les tendia su mano y reia con ellos, pero les cerraba

su puerta á la primer amenaza de un beso. Confieso que intenté hacerla la corte; mas un día en que la llevaba una sortija y unos pendientes de oro:

—¡Ay, amigo mio—me dijo—guarde usted esas alhajas; cuando yo me entrego, lo hago sólo por una flor!

Cuando amaba, volviase perezosa é indolente, los encajes y la seda reemplazaban al percal, borraba las picaduras de la aguja, y de obrera se transformaba en gran señora.

Aun en sus mismos amores guardaba su libertad de griseta; el hombre á quien amaba lo sabia pronto, tan pronto como cuando dejaba de concederle su amor. No era, sin embargo, una de esas bellas caprichosas que cambian de amante á la menor ocasión; poseia un juicio claro y un gran corazón. Pero la pobre chica se engañaba muy amenudo, y al ver colocadas sus manos sobre otras indignas, las retiraba llena de fastidio. Así es que estaba cansada de aquel barrio Latino en que todos los jóvenes pareciamos viejos.

A cada nuevo naufragio su rostro se enternecía; decia rudas verdades á los hombres, se quejaba de no poder vivir sin amar, y por último se encerraba en su casa como en un claustro hasta que su corazón volvia á romper sus rejas.

Yo la habia visto el dia anterior á nuestro encuentro, y vi impreso en su rostro un gran pesar producido por un amante que acababa de abandonarla poseyendo aún su amor.

—Ya sé—me dijo—que ocho días más tarde le hubiera dejado yo misma, porque es un mal hombre, pero aún recibía sus caricias con gusto: son por lo menos treinta besos perdidos.

Añadió que desde aquella ruptura la perseguían dos enamorados, asediándola con sus ramos, pero que les había dicho: «Amigos míos, no amo á ninguno de los dos, y seriais muy locos en disputaros mis sonrisas. Sed buenos amigos y continuaremos siendo tres buenos compañeros; pero á la primer disputa os abandono.»

Los pobres muchachos se dieron un apretón de manos de la peor gana del mundo; eran sin duda los que acabábamos de encontrar.

Tal era Antonieta; pobre corazón amante, perdido en un país de libertinos; dulce y encantadora muchacha [que arrojaba las migajas de sus ternuras á todos los gorriones ladrones del camino.

Dí á León aquellos detalles, que escuchó sin mostrar interés, sin provocar mis confidencias. Al terminar me dijo:

—Esa chica es demasiado franca; no me gusta esa manera de comprender el amor.

Y al cabo, después de tantos esfuerzos, se pintó en sus labios su maliciosa sonrisa.

III.

Al fin salimos de entre las zarzas y los espinos. El Sena corría á nuestros pies, y á la otra orilla un pueblecillo bañaba sus piés en la corriente. Nos hallábamos en país conocido; mil veces habíamos paseado por los islotes que interrumpían á trechos la corriente.

Después de un descanso bajo una encina, León me declaró que se moría de hambre y de sed, precisamente cuando iba á confesarle que me moría de sed y de hambre. Celebramos consejo, y la decisión fué tan unánime, que nos levantamos para dirigirnos al pueblo y procurarnos allí una gran cesta repleta de provisiones, platos y botellas, para ganar luego los tres (la cesta y nosotros) la orilla opuesta.

Veinte minutos después sólo nos faltaba encontrar una lancha. León marchaba delante pidiéndosela á cada pescador; pero todas se hallaban en el río, y ya iba á proponer á mi compañero comer en cualquier sitio, cuando nos indicaron un hombre que podía servirnos.

El pescador habitaba en el extremo del pueblo una choza construida en el esquinazo de dos calles, y he aquí que al dar la vuelta á aquel ángulo topamos de nuevo con Antonieta, seguida de sus dos pretendientes. El uno, como yo, inclinado bajo el peso de una enorme cesta; el otro,

como León, con el aire preocupado de un hombre que busca un objeto sin hallarle. Miré piadosamente al pobre diablo que tanto sudaba, al mismo tiempo que León pareció darme las gracias con la vista por haber aceptado un fardo de tanto volúmen, cosa que hizo reír algo malignamente á la muchacha.

Se hallaba el barquero en el dintel de su puerta fumando. Desde hacía cincuenta años había visto miles de parejas venir á alquilarle sus remos para buscar el desierto, y profesaba gran simpatía á aquellas enamoradas rubias, que al partir con coquetones atavios regresaban un poco ajadas y con sus adornos en el mayor desorden.

El buen hombre se acercó á nosotros al ver las cestas.

—Señores—dijo—sólo tengo una lancha; los que tengan más hambre pueden comer bajo aquellos árboles.

Aquella frase era bien imprudente, puesto que nadie se atreve delante de una mujer á confesar que tiene hambre.

Guardamos silencio, indecisos, sin atrevernos á rehusar la barca, hasta que Antonieta, siempre burlona, tuvo compasión de nosotros y dijo dirigiéndose á León:

—Estos caballeros nos han cedido el paso esta mañana; justo es que ahora se lo cedamos nosotros.

Miré á mi filósofo amigo, que dudoso y balbuciente no se atrevió á expresar su pensamiento, y cuando vió mis ojos fijos en él dijo con viveza:

—Señores: el sacrificio es inútil aquí, puesto que una sola lancha puede bastarnos; estos caballeros harán el favor de dejarnos en la primera isla y de recogernos á la vuelta. ¿Aceptan ustedes el trato?

Antonieta aceptó, y las cestas fueron cuidadosamente depositadas en el fondo de la barca. Me coloqué muy cerca de la mia, procurando estar lo más lejos posible de los remos, mientras Antonieta y León, no pudiendo sin duda hacer otro tanto, se sentaron juntos en el asiento vacío. En cuanto á los dos pretendientes, luchando siempre en un pugilato de buen amor y galantería cogieron los remos en fraternal acuerdo.

Ganaron la corriente, y allí, como quisieran dejar descender la barca río abajo, Antonieta pretendió que en la parte más alta del río las islas eran más desiertas y más sombrías. Miráronse los remeros desconcertados, hicieron virar en redondo á la lancha y empezaron á luchar penosamente contra la corriente, rápi la en aquel sitio. Existe una tiranía pesada y dulce á la vez, y es la de un tirano de sonrosados labios, que puede en uno de sus caprichos pedir el mundo entero y pagarle con un beso.

La joven, inclinándose, mojó su mano en el agua y la retiró chorreando para contar las per-

las líquidas que se escapaban de sus dedos. León la miraba, hallándose violento por estar tan cerca de una enemiga. Dos veces le vi dispuesto á abrir los labios para decir alguna tontería, pero volvió á cerrarlos al ver mi sonrisa. Por lo demás, ni ella ni él pensaban en hacer gran caso de su vecino; hasta se volvían algo la espalda.

Antonietta, cansada de humedecer los vuelos de su manga, me habló de su último pesar, diciendome que aunque se había consolado, permanecía triste porque en los días del estío no podía vivir sin amor. No sabía qué hacer mientras llegase el otoño.

—Busco un nido—añadió,—pero le quiero de seda azul. Se debe amar más tiempo cuando los muebles, las alfombras y las colgaduras son del color del cielo. Pero busco en vano; ¡los hombres son tan malos!

Llegamos á una isla, y en el momento en que decía á los remeros que arrimasen á ella la barca para bajarnos, Antonietta se opuso, hallando la isla fea y sin sombra, declarando que no consentiría en abandonarnos en semejante lugar. León no se había movido de su asiento; volví á sentarme y continuamos remontando el río.

La joven, con una alegría de niña, empezó á descubrir el nido soñado; una habitación cuadrada, de techo elevado, cuyos muros tapizados de blanco lucieran lindas florecillas azules unidas por cintas del mismo color; á los cuatro ángulos

cuatro jardineras cubiertas de flores, y en medio un velador inundado también de ellas. Una marquesita pequeña para que cupiesen dos personas, pero muy juntitas. Nada de espejos que distrajeran la mirada en una coquetería egoísta; alfombras y cortinajes muy espesos para apagar el ruido de los besos. Flores, sofá, alfombras y colgaduras habían de ser azules. Ella vestiría del mismo color, y no abriría los cristales de los balcones los días en que el cielo tuviese nubes.

Quise á mi vez adornar algo la habitación, hablando de chimenea, reloj, armario de luna.

—Pues yo encuentro ese armario ridículo: ¿me cree usted tan tonta que lleve hasta mí nido las miserables necesidades de la vida? Quisiera vivir libre, sin cuidados, no siempre, pero sí algunas horas cada día. Los hombres, aunque fueran ángeles, se cansarían hasta de Dios mismo; ya los conozco, y por eso yo seré quien tenga la llave del paraíso en mi bolsillo.

La segunda isla se destacaba ante nosotros, Antonietta palmoteó alegremente, exclamando que aquel era el desierto más encantador que un Robinson de veinte años pudiera soñar. La orilla algo elevada, estaba orlada de grandes árboles entre los cuales crecían los escaramujos y juncos. Un muro impenetrable se construía espontáneamente cada primavera; muro de hojas, de ramas de musgos que crecían mirándose en el agua. Por fuera un enrejado de enlazadas ramas, por

dentro lo desconocido. Aquel misterio, aquella cortina de verdura que oscilaba al soplo del viento sin descomponerse jamás, hacían del islote un encantador retiro que el pasajero poblaba en su imaginación de blancas ninfas acuáticas.

Remamos alrededor de aquel enorme ramo de hojas antes de hallar un puerto; parecía no querer por habitantes más que á los libres pájaros. Al fin hicimos pie en la maleza. Antonietta nos vió bajar.

Uno de los remeros, que sostenía la barca agarrado á una rama, se escurrió, y entonces la joven sintiéndose arrastrada, tendió sus brazos, y asiéndose á su vez á una débil rama, se tambaleó y pidió socorro. Después, cuando los remeros amarraron la lancha, saltó sobre el césped y se reunió con nosotros, asombrada de su arrojo.

—No temáis, amigos—nos dijo—no quiero molestaros; si deseáis ir hacia al Norte..... iremos hacia el Mediodía.

IV

Cogi la cesta y empecé á explorar el terreno para buscar un sitio donde la hierba estuviese menos húmeda. León me seguía, y á él Antonietta y sus pretendientes. Recorrimos toda la isla, y al volver al punto de partida me senté, decidido á

no dar un paso más. Antonietta dió unos cuantos pasos indecisa y concluyó por colocarse frente á mi. Entorces León halló el sitio encantador y juró que no halláramos otro igual.

Sin saber cómo, las cestas se encontraron juntas, y las provisiones se mezclaron tan perfectamente cuando se extendieron sobre la hierba, que no pudimos reconocer cuáles eran las de cada grupo. Por espíritu de justicia partimos por igual los víveres.

Apresuráronse los dos enamorados á tomar sitio al lado de la bella, á adivinar sus más pequeños deseos, hasta el punto de que cuando pedía una cosa, casi siempre obtenía dos. Comía Antonietta con gran apetito.

León, por el contrario, no probaba bocado y permanecía mudo, dirigiéndome una mirada burlesca cada vez que Antonietta sonreía á sus compañeros. Como aceptaba finezas de ambos lados, alargaba las manos á derecha é izquierda con igual complacencia, dándoles gracias con dulce voz y haciéndome señas con los ojos que yo no comprendí.

Decididamente la joven estaba aquel día muy coqueta. Medio oculta entre la hierba, podría comparársela por un poeta á una gran flor que tuviera el don de la mirada y la sonrisa. Ella, tan natural de ordinario, adoptaba movimientos provocativos, mimosas inflexiones en la voz, desconocidas para mí. Los pretendientes confusos con

tal proceder, se miraban con aire de triunfo. Yo asombrado de aquella repentina coquetería, me preguntaba, sin perder de vista su maligna sonrisa, cuál de nosotros transformaba á aquella sencilla muchacha en astuta cortesana.

Reíamos más que hablábamos. León cambiaba de sitio á cada instante, sin encontrarse bien en ninguno. Había vuelto á adoptar su aire escéptico y temiendo un discurso suyo supliqué con la vista á nuestra compañera me perdonase por tener un amigo tan desagradable. Ella era transigente, y un filósofo de veinte años, por serio que fuese, no la desconcertaba.

—Caballero—dijo á León—está usted triste y nuestra alegría parece serle importuna; no me atrevo á seguir riéndome.

—¡Oh! no, señora—respondió—si me callo es porque no sé cómo esos caballeros, hallan palabras que producen la risa.

—Eso quiere decir que no es usted adulator. Entonces hable usted; le escucho; me muero por oír verdades.

—Á las mujeres no les gustan, señora. Además, cuando son jóvenes y bellas, ¿qué mentira puede decírselas que no sea verdad?

—Vamos, ya veo que es usted tan cortesano como los demás. Quiere usted avergonzarme. Cuando estamos ausentes nos critican los hombres sin piedad; pero en cuanto cualquiera de nosotras aparece, no hallan ustedes saludos bas-

tantes profundos ni frases bastante tiernas. Eso se llama hipocresía; soy franca; y digo: los hombres son malos, no saben amar; vamos sea usted también franco, ¿qué dice usted de las mujeres?

—¿Puedo hablar con libertad?

—Ya lo creo.

—¿No se enfadará usted?

—¡Quiá! no: me reiré.

León tomó actitudes de orador, y como yo ya conocía el discurso por haberle oído ya más de cien veces, me entretuve para soportarle en echar chinitas al Sena.

—Cuando Dios—exclamó—se hizo cargo de que faltaba un ser en la creación, después de agotado todo el fango, no supo de dónde tomar la materia necesaria para reparar su olvido. Fuéle preciso dirigirse á las criaturas, y quitó un poco de carne á cada animal; de esas segregaciones hechas á la serpiente, al lobo y al buitre creó la mujer. Así, los sabios que tienen conocimiento de este hecho, omitido en la Biblia, no se asombran viendo á la mujer caprichosa, presa sin cesar de encontrados sentimientos, fiel imagen de los diversos elementos que la componen. Cada ser la ha dado un vicio, el cual esparcido por la creación se ha reunido en ella; de ahí sus caricias hipócritas, sus traiciones, sus desenfrenos....

Mi amigo parecía recitar una lección; Antonieta aplaudía.

—Las mujeres—continuó el orador—nacen li-

geras y coquetas, como nacen rubias ó morenas. Se entregan por egoísmo, sin cuidarse de escoger según el mérito; basta que un hombre sea fatuo y posea la hermosura de los necios, para que se lo disputen. Que sea sencillo y afectuoso, que se contente con ser hombre de talento, sin proclamarlo al son de bocina, les importa poco, ni sospechan que existe. Siempre les son precisos los juguetes que brillan, trajes de seda, collares de oro, pedrerías, amantes perfumados y pretenciosos. En cuanto á los resortes de la divertida máquina, ignoran si funcionan bien ó mal; prescinden del alma. Se ocupan de los cabellos negros, los labios rojos, sin tener la menor curiosidad por los asuntos del corazón. Por eso se arrojan en los brazos del primero que se presenta, confiando en su buena presencia; le aman porque les gusta, y les gusta porque sí. Llega un día en que aquel hombre las olvida, las maltrata, y entonces se hacen las mártires, exclamando que los hombres sólo se ocupan en destrozarse corazones. ¡Las muy locas no buscan nunca la flor del amor donde se cría!

Antonietta volvió á aplaudir. El discurso que yo conocía había terminado, pues León lo pronunció todo seguido como teniendo prisa por llegar al final. Dicha la última frase, miró á la joven con notable interés; después añadió:

—No he tenido más que una verdadera amiga, cuando yo tenía doce años y ella diez, y esa me

hizo traición por un perro dogo que se dejaba atormentar por ella sin mostrar sus dientes jamás. Lloré mucho por tan cruel olvido, jurando no volver á amar, y he sido fiel á mi juramento, no esperando nada bueno de las mujeres. Si amara, sería celoso é impertinente; querría con pasión, me haría aborrecible, me engañarían y moriría de dolor.

Guardó silencio, y trató en vano de sonreír para ocultar algunas lágrimas detenidas entre sus párpados. Antonietta no se reía; habíale escuchado con profunda atención y levantándose de su sitio sin dejar de mirar á León, colocó sobre su hombro una de sus manos, exclamando sencillamente:

—Es usted un niño.

V.

Los últimos rayos del sol poniente se reflejaban en el río: las cestas fueron transportadas á la lancha, y nosotros, tendidos á placer sobre la hierba, esperábamos la aparición de las primeras estrellas para regresar, siguiendo la corriente al fresco de la noche.

Antonietta y León, sentados bajo un espeso arbusto que extendía sobre sus cabezas las frondosas ramas, lloraban ó reían, hablando en voz

baja que no llegaba hasta mí. Yo escogí una esplanadita cubierta de fino césped, sobre la cual me tendí contemplando á la vez el cielo y la alfombra que se extendía bajo mis pies. Los dos pretendientes de la joven, apreciando sin duda el encanto de mi posición, vinieron á echarse el uno á mi izquierda y el otro á mi derecha.

Abusaban de su respectiva situación para hablarme simultáneamente.

El que estaba á mi izquierda me tocaba ligeramente en el brazo cuando veía que no prestaba atención á sus palabras.

—Con dificultad—me dijo—puede hallarse una mujer tan caprichosa como esta, cuya cabeza gire al menor soplo de aire. Para probarlo, basta decir á usted que cuando nos encontramos esta mañana íbamos á comer á dos leguas de aquí; pero apenas desaparecieron ustedes de nuestra vista, nos hizo volver pies atrás. ¡Es cosa de perder el juicio! Yo me muero por las cosa que tienen su razón de ser; pero esto....

El que estaba á mi derecha decía al propio tiempo, obligándome á escucharle también:

—Deseo desde esta mañana hablar á solas con usted, porque tanto mi compañero como yo le debemos una satisfacción. Hemos notado su gran simpatía por Antonieta, y sentimos vivamente estorbarles en sus proyectos, y crea usted que á haber conocido su amor un poco antes, nos hubiéramos retirado para no causar el menor dis-

gusto á un tan cumplido caballero; pero ya es tarde; hoy no nos sentimos con ánimos para consumir tal sacrificio. Además, quiero ser franco hasta el fin: Antonieta me ama. Le compadezco á usted y me pongo á su disposición.

Me apresuré á tranquilizarle; pero aun cuando le juré que no había sido ni sería nunca amante de Antonieta, no dejó de prodigarme los más tiernos consuelos. Le era muy dulce pensar que me había arrebatado mi querida.

El otro, picado por la atención que demostré á su compañero, se inclinó hacia mí para obligarme á hacerle caso, y me hizo la siguiente confidencia:

—Deseo ser franco con usted: Antonieta me ama, y crea usted que me inspiran lástima todos sus demás adoradores.

Enaquel momento un ruido singular, que provenía del sitio en que León y Antonieta se ocultaban, llegó hasta nosotros. Ignoro si era un beso ó el grito de una tórtola asustada.

Mientras tanto mi vecino de la derecha sorprendió al de la izquierda diciéndome que Antonieta le amaba, y levantándose con aire amenazador, dirigióse hacia él con los puños levantados. Me evadí como pude y les dejé frente á frente.

Escogí un sitio admirable desde donde veía á Antonieta y á León, que seguían disputando, pero cada vez más cerca el uno del otro. En cuanto á los

pretendientes se hallaban tan lejos de mí, que no podía escuchar su palabra, pero sí apreciar sus furiosos gestos. La joven les volvía la espalda.

—Se ha portado usted muy mal—decía el uno—pues hace dos ó tres días que ha debido retirarse. ¿Pues no ha notado usted que es á mi á quien prefiere Antonieta?

—En efecto—respondía el otro—no he sido listo para conocerlo; pero usted ha sentido la necesidad de creer dirigidas á su persona las sonrisas y miradas dedicadas á mí.

—Esté usted seguro, pobre amigo mio, de que Antonieta me ama.

—Convéngase usted, desdichado, de que Antonieta me adora.

Miraba yo á Antonieta, y decididamente creía que no debía haber existido ninguna tórtola en el arbusto.

—Me he cansado de esta anómala situación—replica uno de los contendientes.—¿No opina usted que es preciso que uno de los dos desaparezca?

—Iba á proponer lo mismo.

Alzaban la voz y gesticulaban con tal cólera, que la joven, atraída por el ruido creciente de la querella, volvió la cabeza. Vi el asombro pintado en su rostro; después sonrió, llamando la atención de León sobre los dos jóvenes y diciéndole al oído algunas palabras que le hicieron reír.

Levantóse mi amigo y se aproximó á la orilla,

conduciendo á su compañera. Ahogaban por precaución sus carcajadas mientras continuaban andando, procurando evitar el hacer el menor ruido. Creí adivinar que intentaban ocultarse para obligarnos á buscarles después.

Los dos jóvenes gritaban con más furia, y á falta de espadas preparaban sus puños. Mientras tanto, León llegó á la lancha, hizo entrar en ella á Antonieta, soltó la amarra y saltó al bote.

En el mismo instante en que uno de los adversarios levantaba el brazo sobre el otro, vió la lancha en medio del río, y estupefacto, olvidando su ira, la mostró á su compañero.

—¡Eh, eh!—gritó corriendo á la orilla—Me parece una broma muy pesada.

Todos me habían olvidado detrás de la maleza. La dicha y la desgracia vuelven á las gentes egoístas. Me levanté:

—Señores—dije á los pobres muchachos, compungidos y asombrados;—¿recuerdan ustedes cierta fábula? Esta burla quiere decir que les roban la mujer que creían haber robado.

—La comparación no es muy galante—me gritó León desde la lancha.—Según tú, esos caballeros son ladrones, y esta señora un.....

Aquella señora le besó, y aquel beso hizo que no oyéramos la grotesca frase.

—Hermanos—añadí, volviéndome hacia mis compañeros de naufragio;—henos aquí sin viveres y sin techo donde resguardarnos. Constru-

yamos una choza y comamos peces del río mientras llega un navío que nos pueda sacar de esta isla desierta.

VI.

—¿Y qué más?

—¿Qué más? Yo no sé. Me preguntas demasiado, Ninón. Hace ya más de dos meses que Antonieta y León habitan el nido color de cielo. Ella sigue siendo una linda muchacha; él sigue maldiciendo de las mujeres con más gracia que nunca. Lo cierto es que se adoran.

HERMANA DE LOS POBRES